

tivo que una inquietud secreta, ni otro objeto que unas inciertas esperanzas.

Recibido Solon con los mas distinguidos honores, quiso aprovecharse de estas favorables disposiciones, para calmar las disensiones que renacian á cada paso. Al principio creyó verse ayudado poderosamente por Pisistrato, que se hallaba al frente de la faccion del pueblo, y que celoso, al parecer, de mantener la igualdad entre los ciudadanos, hablaba altamente contra las innovaciones capaces de destruirla; mas no tardó en conocer, que este político profundo escondia una ambicion desmesurada bajo una moderacion fingida.

PISISTRATO.

Jamas hubo hombre que reuniese mas circunstancias para cautivar los corazones. Un nacimiento ilustre, riquezas considerables, un valor brillante y bien probado, una figura que infundia respeto, una elocuencia persuasiva, á la cual daba nuevos encantos el metal de la voz, un espíritu rico en dones naturales y en conocimientos adquiridos, tal era Pisistrato. Por otra parte, nunca se vió hombre mas dueño de sus pasiones, ni que hiciese valer mas las virtudes que tenia en realidad, y las que solo

eran aparentes. Sus felices sucesos han probado que en los proyectos de lenta ejecución, nada hay que dé mas superioridad que la dulzura y flexibilidad de caracter.

Con tantas ventajas, accesible Pisistrato á los mas infimos ciudadanos, les prodigaba los consuelos y los socorros, que secan la fuente de los males, ó disminuyen su amargura. Atento Solon á su conducta, penetró sus intentos; pero mientras estaba ocupado en prevenir las consecuencias, se presentó Pisistrato en la plaza pública, cubierto de heridas que él mismo se habia procurado con destreza, implorando la protección de aquel pueblo, á quien habia protegido tantas veces. Convócase la asamblea: acusa al senado y á los gefes de las demas facciones de haber querido quitarle la vida; y mostrando sus heridas, todavía sangrientas: « Ved aquí, exclamó, ved aquí el premio de mi amor á la democracia, y del celo con que defendi vuestros derechos. »

A estas palabras, se oyen por todas partes gritos amenazadores; y los principales ciudadanos atónitos, callan ó huyen. Solon indignado de su cobardía y de la ceguedad del pueblo, intenta en vano reanimar el valor de los unos, y la ilusion de los otros: su voz, debil ya por los años, es sofocada por los clamores que excitan la compasion, el furor y el miedo. Ter-

ominase la asamblea, concediendo á Pisistrato un cuerpo temible de satélites, encargados de acompañarle adonde quiera, y de velar en su conservacion. Desde este momento se completaron todos sus proyectos: empleó luego sus fuerzas en apoderarse de la ciudadela; y despues de haber desarmado á la muchedumbre, se levantó con la autoridad suprema.

Solon no sobrevivió mucho á la esclavitud de su patria. Se habia opuesto cuanto pudo á las ambiciosas empresas de Pisistrato. Se le habia visto ir con las armas en la mano á la plaza pública, é intentar sublevar al pueblo; pero su ejemplo y sus discursos no hacian impresion. Sus amigos solos, pasmados de su intrepidez, le representaban que el tirano habia resuelto su perdicion; y sobre todo, añadian: ¿quién puede inspiraros una tal firmeza?... Mi ancianidad, respondió él:

Pisistrato estaba muy lejos de manchar su triunfo con semejante maldad. Penetrado del mas distinguido aprecio hácia la persona de Solon, conocia que solo el voto de este legislador podia justificar de algun modo su poder; y así le cumplimentó con las mas distinguidas señales de deferencia y respeto; y le pidió consejos; y Solon cediendo á la seducción, creyendo

* El año 560 antes de J. C.

que cedia á la necesidad, no tardó en dárselos. Sin duda se lisonjaba de empeñar á Pisistrato en mantener las leyes y en destruir lo menos que se pudiese la constitucion establecida.

Treinta y tres años pasaron desde la revolucion hasta la muerte de Pisistrato*; pero no estuvo al frente del gobierno mas que diez y siete años. Oprimido por el crédito de sus contrarios, y obligado á dejar la Atica por dos veces, volvió á tomar otras dos veces su autoridad, y antes de morir tuvo el consuelo de verla establecida en su familia.

Mientras estuvo al frente de la administracion, sus dias consagrados á la utilidad pública, fueron señalados; ó con nuevos beneficios, ó con nuevas virtudes.

Sus leyes reanimaron la agricultura y la industria, desterrando la ociosidad: distribuyó por el campo aquella muchedumbre de ciudadanos oscuros, que el ardor de las facciones habia fijado en la capital; y reanimó el valor de las tropas, señalando á los soldados inválidos una subsistencia segura para el resto de sus dias. En los campos, en la plaza pública, y en sus jardines, abiertos para todos, se presentaba cual un padre en medio de sus hijos: pronto siempre á escuchar los lamentos de los infelices;

* El año 528 antes de J. C.

haciendo rebajas á unos, adelantos á otros, y ofrecimientos á todos.

Al mismo tiempo, con la mira de conciliar su gusto por la magnificencia con la necesidad de ocupar á un pueblo indocil y ocioso, adornó la ciudad con templos, gimnasios y fuentes; y como no temia los progresos de las luces, publicó una nueva edicion de las obras de Homero, y formó, para uso de los Atenienses, una biblioteca compuesta de los mejores libros conocidos entonces.

Añadamos aquí algunos rasgos que manifiestan mas particularmente la elevacion de su alma. Jamas tuvo la debilidad de vengarse de los insultos que podia castigar fácilmente. Asistia su hija á una ceremonia religiosa: un joven que la amaba excesivamente, se precipitó á darla un abrazo, y algun tiempo despues intentó robarla. Pisistrato respondió á su familia que le instaba á la venganza: « si aborrecemos á los que nos aman, ¿ qué haremos con los que nos aborrecen? » Y sin mas tardanza se la dió al joven por esposa.

Unos borrachos insultaron públicamente á su muger. A la mañana siguiente vinieron llorando á solicitar un perdon que no creian poder obtener: « os engañais, les dijo Pisistrato, mi muger no salió ayer en todo el dia. »

Ultimamente, algunos de sus amigos resuel-

tos á apartarse de su obediencia, se retiraron á una plaza fuerte. Él los siguió inmediatamente con algunos esclavos que llevaban su equipage; y preguntándole los conjurados, que cuál era su designio, respondió: « es necesario que vosotros me persuadais á quedarme con vosotros, ó que yo os persuada á que volvais conmigo. »

Estos actos de moderacion y de clemencia, multiplicados en el discurso de su vida, y hechos mas apreciables por la brillantez de su administracion, suavizaron insensiblemente el humor intratable de los Atenienses, é hicieron que muchos de ellos prefiriesen una servidumbre tan dulce á su antigua y tumultuosa libertad.

Sin embargo es preciso confesarlo: aunque en una monarquía hubiera sido Pisistrato el mejor de los reyes, en la república de Atenas causó por lo general mas impresion el vicio de su usurpacion, que las ventajas que resultaron al Estado.

Despues de su muerte le sucedieron Hippias é Hiparco sus hijos; quienes con menós prendas gobernaron con la misma prudencia que su padre. Hiparco, en especial, era aficionado á las letras. Anacreonte y Simónides, traídos á su palacio, recibieron el acogimiento que debia lisonjearles mas, pues colmó de honores al pri-

mero, y de regalos al segundo. Este debe participar con su padre de la gloria de haber extendido la reputacion de Homero. Se le puede hacer cargo, como tambien á su hermano, de haberse entregado demasiado á los placeres, y haber inspirado á los Atenienses el mismo gusto. ¡ Feliz, á pesar de esto, si en medio de tales excesos, no hubiera cometido una injusticia, de la cual él fué la víctima primera!

Dos jóvenes atenienses, Harmodio y Aristogiton, unidos entre sí con la amistad mas tierna, habiendo recibido de este principe una injuria que era imposible olvidar, juraron perderle á él y á su hermano. Entraron en esta conjuracion algunos de sus amigos, y se fijó la ejecucion para la solemnidad de los Panateneos. Esperaban que la multitud de atenienses, que durante las ceremonias de esta fiesta tenian permiso para llevar armas, favorecerian sus esfuerzos, ó cuando menos los librarian del furor de los guardias que cercaban á los hijos de Pisistrato.

Con este objeto, despues de haber cubierto sus puñales con ramos de mirto, fueron al sitio donde los principes ordenaban una procesion, que debian conducir al templo de Minerva. Llegan, y ven á uno de los conjurados conversar familiarmente con Hippias: se creen descubiertos; y resueltos á vender caras sus vidas, se apartan un momento, hallan á Hiparco, y le

clavan el puñal en el corazon. Harmodio muere luego á los golpes de los satélites de este principe. Aristogiton, arrestado casi en el mismo instante, fué puesto en el tormento; pero lejos de nombrar á sus cómplices, acusó á los partidarios mas fieles de Hippias, que tal momento fueron llevados al suplicio. «¿Tienes otros malvados que denunciar? exclamó el tirano enfurecido. — No queda mas que tú solo, respondió el ateniense. Muero; pero muero con la satisfaccion de haberte privado de tus mejores amigos.»

Desde entonces Hippias no se hizo memorable sino por sus injusticias; pero tres años despues fué roto el yugo que él hacia insoportable á los Atenienses**. Clístenes, cabeza de los Alcmeonides, familia poderosa de Atenas, que siempre habia sido enemiga de los Pisistratos, reunió á sí todos los malcontentos; y habiendo logrado socorro de los Lacedemonios por medio de la Pitia de Delfos, á la cual interesó en su favor, marchó contra Hippias, y le forzó á abdicar la tiranía. Despues de haber andado este principe errante por algun tiempo con su familia; se refugió á Dario, rey de Persia, y últimamente pereció en la batalla de Maraton.

* El año 514 antes de J. C.

** El de 510 antes de J. C.

Apenas recobraron su libertad los Atenienses, cuando hicieron los mayores honores á la memoria de Harmodio y Aristogiton. Se les erigieron estatuas en la plaza pública: se ordenó que sus nombres fuesen perpetuamente celebrados en la fiesta de los Panateneos, y que por ningún motivo se permitiera usar de ellos á los esclavos. Los poetas eternizaron su gloria con composiciones poéticas *, que se cantan todavía en los convites; y se concedieron para siempre grandes privilegios á sus descendientes.

Clístenes, que habia contribuido tanto á la expulsion de los Pisistratides, tuvo todavía que luchar algunos años contra una faccion poderosa; pero por fin, habiendo obtenido en el Estado el crédito que merecian sus prendas, ase-

* Ateneo pone una de las canciones, compuestas en honor de Harmodio y Aristogiton, y M. de La Nuza la tradujo de esta manera:

« Yo llevaré mi espada cubierta con hojas de mirto, como hicieron Harmodio y Aristogiton, cuando mataron al tirano, y establecieron en Atenas la igualdad de las leyes.

« Querido Harmodio, vos no sois muerto todavía: se dice que estais en las islas de los bienaventurados; donde están Aquiles, el de los pies ligeros; y Diómedes, aquel valiente hijo de Tideo.

« Yo llevaré mi espada cubierta con hojas de mirto, como hicieron Harmodio y Aristogiton, cuando mataron al tirano Hiparco en el tiempo de los Panateneos.

« Que vuestra gloria sea eterna, querido Harmodio, querido Aristogiton, porque matasteis al tirano, y establecisteis en Atenas la igualdad de las leyes. »

guró la constitucion que habia establecido Solon, y que nunca pensaron destruir los Pisistratides.

En efecto, jamas tomaron estos príncipes el título de reyes, aunque se creian descendientes de los antiguos soberanos de Atenas. Si Pisistrato exigió el diezmo del producto de las tierras, este único impuesto, que sus hijos redujeron al vigésimo, pareció que lo exigian todos tres menos para su utilidad, que para las urgencias del Estado. Mantuvieron las leyes de Solon, tanto con el ejemplo, como con la autoridad. Pisistrato, acusado de un homicidio, vino á justificarse ante el areopago, como pudiera el menor ciudadano. En fin, ellos conservaron las partes esenciales de la antigua constitucion, el senado, las asambleas del pueblo, y las magistraturas, que procuraron obtener ellos mismos, y ampliar sus privilegios. Obraban pues como primeros magistrados del pueblo, como gefes perpetuos de un Estado democrático; y bajo el mismo aspecto tenian tanta influencia en las públicas deliberaciones. El poder mas absoluto se ejercia bajo las formas mas legales en la apariencia; y el pueblo esclavizado, tuvo siempre ante sus ojos la imagen de la libertad. Asi es, que despues de la expulsion de los Pisistratides, se le vió entrar sin oposicion y sin esfuerzos en el ejercicio de

sus derechos, mas bien suspensos que destruidos. Las mutaciones que Clístenes hizo entonces en el gobierno, no le volvieron enteramente á sus primeros principios, como habrá ver luego.

REFLEXIONES SOBRE LA LEGISLACION DE SOLÓN.

La relacion de los hechos me ha conducido á los tiempos en que los Atenienses manifestaron su valor contra los Persas. Antes de describirlos, debo hacer las reflexiones que he prometido sobre el sistema político de Solón.

No se debía esperar de Solón una legislacion como la de Licurgo. Uno y otro se hallaban en circunstancias muy diferentes.

Los Lacedemonios ocupaban un país que producía todo lo necesario á su subsistencia; y así le bastaba al legislador tenerlos encerrados en él, para impedir que los vicios extrangeros corrompiesen el espíritu y pureza de sus instituciones. Atenas, situada cerca del mar, y rodeada de terrenos ingratos, se veía precisada á cambiar continuamente sus géneros, su industria, sus ideas y costumbres con las de otras naciones.

La reforma de Licurgo precedió á la de Solón cerca de dos siglos y medio. Los Esparciatas, limitados en sus artes, en sus conocimientos,

tos, y en sus pasiones mismas, estaban menos adelantados en el bien y en el mal, que los Atenienses del tiempo de Solón. Estos últimos, despues de haber experimentado todas las especies de gobierno, se habian disgustado de la servidumbre y de la libertad, sin poder vivir sin la una, y sin la otra. Industriosos, ilustrados, vanos y difíciles de gobernar: todos, hasta los de la infima plebe, se habian familiarizado con la intriga, con la ambicion, y con todas aquellas grandes pasiones, que se levantan en las frecuentes conmociones del Estado: tenían ya los vicios que se hallan en las naciones formadas; y además tenían aquella actividad inquieta, y aquella ligereza de espíritu que no se halla en ninguna otra nacion.

La familia de Licurgo ocupaba mucho tiempo habia el trono de Lacedemonia: los dos reyes que le poseian entonces no gozaban de ningun aprecio; y Licurgo era á los ojos de los Esparciatas el primero y el mayor personage del Estado. Como podia contar con su crédito y con el de sus amigos, le detenian menos aquellas consideraciones que resfrían el genio, y limitan las miras de un legislador. Solón, simple particular, revestido de una autoridad pasagera, que era necesario emplear con prudencia para emplearla con fruto, cercado de facciones poderosas, que debía contemplar para conservar

su confianza, instruido por el ejemplo reciente de Dracon de que los medios de severidad no convenian á los Atenienses, no podia aventurar grandes innovaciones, sin ocasionar otras mayores todavía, y sin hacer caer otra vez el Estado en desgracias quizá irreparables.

No hablo de las calidades personales de los dos legisladores. Nada se parece menos al genio de Licurgo, que las prendas de Solon; ni al alma vigorosa del primero, que el caracter afable y circunspecto del segundo. No tuvieron mas semejanza que la de haber trabajado por la felicidad de los pueblos con el mismo conato; pero por caminos diferentes. Puesto uno en el lugar del otro, Solon no hubiera hecho tan grandes cosas como Licurgo; y se puede dudar que Licurgo las hubiese hecho mejores que Solon.

Conocia este último el peso con que se habia cargado; y cuando preguntado si habia dado á los Atenienses las leyes mejores, respondió: «las mejores que ellos pueden tolerar.» Pintó con un solo rasgo el caracter indocil de los Atenienses, y el funesto embarazo en que se habia hallado.

Solon se vió obligado á preferir el gobierno popular, porque el pueblo, que se acordaba de haber gozado de él durante muchos siglos, no podia sufrir la tiranía de los ricos; y porque

una nacion que se dedica á la marina, siempre se inclina fuertemente á la democracia.

Eligiendo esta forma de gobierno la templó de modo, que se cree hallar la oligarquía en el cuerpo de los areopagitas, la aristocracia en la manera de elegir los magistrados; y la pura democracia en la libertad concedida al menor de los ciudadanos de tener plaza en los tribunales de justicia.

Esta constitucion, que participaba de los gobiernos mixtos, se destruyó por el exceso del poder en el pueblo, como la de los Persas por el exceso de poder en el principe.

Se reprende á Solon el haber acelerado esta corrupcion por la ley que atribuye indistintamente á todos los ciudadanos el cuidado de hacer justicia, y de haberles llamado á esta función importante por medio de la suerte. No se percibieron al principio los efectos que podia producir semejante prerogativa; pero en adelante hubo precision de contemplar ó implorar la proteccion del pueblo, que, llenando los tribunales, fué árbitro para interpretar las leyes, y para disponer como quisiese de las vidas y haciendas de los ciudadanos.

Trazando la pintura del sistema de Solon, he dicho los motivos que le obligaron á dar la ley de que se trata. Añado: 1° que no solamente está adoptada, sino tambien que es utilísima

en las democracias mejor organizadas: 2º que Solon nunca debió presumir que el pueblo abandonaría sus trabajos por el estéril placer de juzgar las cuestiones de los particulares. Si después se ha levantado con los tribunales, si se ha aumentado su autoridad, se debe acusar á Pericles, que asignando un derecho de presencia á los jueces, proporcionó á los ciudadanos pobres un medio mas fácil de vivir.

No se debe pues atribuir á las leyes de Solon el origen de los vicios que han desfigurado su obra, sino á la serie de innovaciones que, por la mayor parte, no eran necesarias, y que era tan imposible preverlas como sería hoy día el justificarlas.

Después de la expulsion de los Pisistratides, Clístenes para ganarse el pueblo, dividió en diez tribus las cuatro que desde Cécrope comprendían á todos los habitantes de la Atica; y todos los años se sacaban de cada una cincuenta senadores, lo que hizo subir á quinientos el número de estos magistrados.

Estas tribus, como otras tantas repúblicas, tenían cada una sus presidentes, sus oficiales de policia, sus tribunales, sus juntas y sus intereses. Multiplicarlas y darlas mas actividad era empeñar á todos los ciudadanos sin distincion á mezclarse en los asuntos públicos, y era favorecer al pueblo, que, además del

derecho de nombrar sus oficiales, tenía la mayor influencia en cada tribu.

Además de esto, sucedió que las diversas compañías encargadas de la recaudacion y empleo de rentas, se compusieron de diez oficiales nombrados por las diez tribus; lo que, presentando nuevos objetos á la ambicion del pueblo, sirvió también para introducirle en las diferentes partes de la administracion.

Pero sobre todo la ruina de la antigua constitucion se debe atribuir á las victorias de los Atenienses sobre los Persas. Después de la batalla de Platea, se ordenó que los ciudadanos de las últimas clases, excluidos por Solon de las magistraturas principales, tuviesen en adelante derecho de obtenerlas. El prudente Aristides, que presentó este decreto, dió el mas funesto ejemplo á los que le sucedieron en el mando; porque primeramente les fué preciso adular á la muchedumbre, y después humillarse delante de ella.

Antes se desdeñaba de asistir á las juntas generales; pero desde que el gobierno concedió una gratificacion de tres óbolos á cada asistente, iba á ellas en tropel, y tanto con su presencia, como con sus furors, apartó á los ricos, y substituyó con insolencia sus caprichos á las leyes.

Pericles, el mas peligroso de sus cortesanos, le quitó la aficion al trabajo y á las pocas virtudes que le habian quedado, con liberalidades

que agotaban el tesoro público, y que entre otras ventajas, le facilitaban la entrada á los teatros; y como si hubiera jurado la ruina de las costumbres para acelerar la de la constitucion, impuso silencio al areopago, despojándole de casi todos sus privilegios.

Entonces desaparecieron ó quedaron sin efecto aquellas precauciones tan sabiamente imaginadas por Solon, para librar los grandes intereses del Estado de las inconsecuencias de un populacho ignorante y furioso. Traigamos á la memoria que el senado debia preparar los asuntos antes de exponerlos á la asamblea nacional: que debian ser ventilados por oradores de conocida probidad; y que los primeros votos debian ser dados por ancianos experimentados. Estos frenos tan aptos para reprimir la impetuosidad del pueblo, fueron todos rotos por él: no quiso obedecer sino á gefes que le descaminaron, y apartó tan lejos de sí los limites de su autoridad, que dejando él mismo de percibirlos, se persuadió á que tales limites no existian.

Ciertas magistraturas que una eleccion libre no concedia en otro tiempo sino á hombres íntegros, se confieren ahora por suerte á toda clase de ciudadanos, y muchas veces los particulares sin recurrir á este medio ni al de la eleccion, á fuerza de dinero é intrigas, hallaban el modo de obtener los empleos, y de introdu-

cirse hasta en el orden de senadores. En fin, el pueblo pronuncia en última instancia sobre muchos delitos, cuyo conocimiento le es privativo por decretos posteriores á Solon, ó que él mismo se avoca con desprecio del curso ordinario de justicia. Con esto se hallan confundidos los poderes que habian sido tan sabiamente distribuidos; y ejecutando el poder legislativo sus propias leyes, hace sentir ó temer á cada momento el peso terrible de la opresion.

No se hubieran introducido en la constitucion estos vicios destructores, si esta no hubiese tenido obstáculos insuperables que vencer; pero la usurpacion de los Pisistratides detuvo sus progresos en su mismo origen; y despues las victorias contra los Persas corrompieron los principios. Para que ella hubiese podido defenderse contra semejantes acontecimientos, hubiera sido preciso que una larga paz, y una completa libertad la pusiesen en estado de obrar poderosamente sobre las costumbres de los Atenienses. Sin esto, todos los dones del genio reunidos en un legislador, no podian impedir á Pisistrato ser el mas seductor de los hombres, ni á los Atenienses, el pueblo mas facil de ser seducido: ni podian hacer que las brillantes victorias de Maraton, de Salamina y de Platea no llenasen de una loca presuncion al pueblo mas vano de la tierra.

Por los efectos que produjeron las instituciones de Solon, se puede juzgar los que hubieran producido en mejores circunstancias. Violentadas bajo la dominacion de los Pisistratides, obraron lentamente sobre los espíritus, ya sea por las ventajas de una educacion que era entonces comun, y que no lo es el dia de hoy, ó bien por la influencia de las formas republicanas, que conservan continuamente la ilusion y la esperanza de la libertad. Apenas se desterraron estos principios, cuando la democracia se restableció por sí misma, y los Atenienses desplegaron un caracter, que no se habia ni aun sospechado en ellos hasta entonces. Desde esta época hasta la de su corrupcion, no se pasó mas que cerca de medio siglo; pero en este tiempo feliz, se respetaban todavía las leyes y las virtudes. Los mas sabios no hablan el dia de hoy sin elogios acompañados de sentimientos, y no hallan otro remedio á los males del Estado, sino el de restablecer el gobierno de Solon.

SECCION SEGUNDA.

SIGLO DE TEMISTOCLES Y DE ARISTIDES*.

Me determino con pena á describir combates. Debiera bastar el saber que las guerras empiezan por la ambicion de los príncipes, y acaban en la infelicidad de los pueblos; pero el ejemplo de una nacion que prefiere la muerte á la esclavitud, es demasiado grande é instructivo para que se pase en silencio.

Acababa Ciro de elevar la potencia de los Persas sobre las ruinas de los imperios de Babilonia y de Lidia; se le habian sometido la Arabia, el Egipto y los pueblos mas remotos; y Cambises su hijo habia sojuzgado la Cirenaica y muchas naciones africanas.

Despues de la muerte de este último, unos señores persas en número de siete, habiendo derribado á un mago que habia usurpado el trono, se juntaron para arreglar el destino de tan vastos Estados. Otanes propuso darles libertad, y establecer por todas partes la democracia; Megabises ensalzó las ventajas de la aristocra-

* Desde el año 499 hasta cerca del de 444 antes de J. C.